



## Una tarde

Vicente Wenceslao Querol

Comenzaba el otoño. El sol caía  
como broquel de fuego tras la espalda  
del áspera montaña. Una alquería

blanca, del cerro en la aromosa falda,  
era mi albergue, que ceñían en torno  
un huerto al pie y dos parras por guirnalda.

Los que engendró en la fiebre del bochorno  
agrios frutos la tierra, eran a octubre  
miel sazónada y primoroso adorno.

Como la madre en el regazo encubre  
al hijo tierno, y con alegre risa  
pone en sus labios la repleta ubre,

así naturaleza, a la indecisa  
luz de la tarde, acarició mi frente  
con los besos callados de la brisa.

Y me brindó el racimo transparente  
entre los verdes pámpanos, o el frío  
licor que mana en la escondida fuente.

Sentado al pie del álamo sombrío  
cerré el poema místico de Dante  
y abismé la mirada en el vacío.

¿Fue sueño? ¿Fue visión? Surgir delante

vi las lúgubres sombras de su Infierno,  
símbolos tristes de la edad distante.

Y ora dulce, ora horrible, en giro alterno  
sonaba el canto celestial del vate  
o el gran sollozo del dolor eterno.

Mas, como suelen, en marcial combate,  
los corceles pasar, suelta la brida  
y en los flancos clavado el acicate,

así la turba réproba en huida  
rauda pasó y en torbellino inmenso,  
cual paja vil, del huracán barrida.

Entre el nublado de la noche denso  
se perdió la angustiada muchedumbre,  
que tuvo un punto mi ánimo suspenso.

Luego, una blanca y apacible lumbre  
bañó la tierra y los vecinos mares,  
y por las breñas de la opuesta cumbre

vi descender hacia mis pobres lares  
dos sombras: una, de laurel ceñida,  
y otra, nublado el rostro de pesares.

Paráronse ante mí, y con dolorida  
voz, la más triste de las dos, me dijo:  
-«Alma gentil, para sufrir nacida,

tú revuelves en vano, entre el prolijo  
curso de tu angustiado pensamiento,  
la oscura frase que al mortal dirijo

en aquel prolongado, hondo lamento  
que, desde el antro de la vida humana,  
lancé en mi canto a la merced del viento.»

Yo respondí: -«Si no eres sombra vana,  
ilumina mi espíritu y la clave  
préstame de tu ciencia soberana.»

Ella inclinó hacia tierra el rostro grave,  
y dijo con palabra y con gemido:  
-«¡Quien sabe de dolor todo lo sabe!

El secreto en mis versos escondido,  
es la excitada indignación, que azota  
los vicios de mi tiempo envilecido;

es esa noble aspiración que brota  
del pecho, y busca en la región serena  
de un prometido bien la luz remota.

Es la gloria comprada con la pena;  
es la lucha del ánima cautiva  
que ansia volar, rompiendo su cadena.

Yo lo tracé para que eterno viva  
el cuadro fiel de la miseria nuestra,  
dote fatal de la maldad nativa.

Y esos que ante tus ojos en siniestra  
falange huyeron, del mundano vicio  
los monstruos son, que mi canción te muestra.

Yo hice rodar sobre su duro quicio  
las puertas, ¡ay!, del corazón humano,  
y me asomé temblando al precipicio.

Y penetré en su fondo, y vi el arcano  
de la existencia terrenal, y el lloro  
de entonces quiero contener en vano.

«La avaricia cruel, sedienta de oro;  
la ira sangrienta, lívida y cobarde;  
la adulación astuta y sin decoro;

la envidia artera; el fastuoso alarde  
del necio orgullo; la lascivia impura,  
que aún en las venas agotadas arde;

el ciego azar de la ignorancia oscura  
la soberbia razón, rebelde al yugo,  
vistiéndose el disfraz de la locura;

el egoísmo ruin, árbol sin jugo,  
sin frutos y sin sombra; el vil recelo,  
sirviéndose a sí propio de verdugo;

la falsa ciencia huérfana del cielo;  
trémula y suspicaz la tiranía;  
la venganza, sin goce y sin consuelo;

pálida la menguada hipocresía,  
haciendo, infame, su bazar del templo  
y en los dones de Dios su granjería:

eso miré en su fondo, y lo contemplo

hoy como ayer, cual ponzoñosa yerba,  
cual negra mancha y cual dañino ejemplo.

Ese fue el numen que mí frase acerba  
dictó contra mi siglo y con que azoto  
al torpe vulgo y la ruindad proterva.

Yo, que las puertas del Infierno he roto,  
sé de dolor y sé lo que se esconde  
del pecho humano en el recinto ignoto.»

Calló. Yo alcé la frente, y dije: -«¿En dónde  
buscar la amada paz y la alegría,  
que al santo afán de la virtud responde?»

«Ésta fue mi maestro y fue mi gula  
-dijo la sombra, y se volvió hacia aquella  
que el lauro de oro en la alta sien ceñía-:

fue la piadosa Beatriz la estrella  
que me alumbró por el confín precito,  
y el gran Virgilio encaminó mi huella.

La Poesía y el Amor bendito  
las fuentes son en donde el alma apaga  
su abrasadora sed de lo infinito.»

Reinó el silencio, y la penumbra vaga  
del ancho espacio esclareció un momento  
la luz de los relámpagos aciaga.

Visión y sombras, cántico y lamento,  
todo desapareció, como llevado  
sobre las libres ráfagas del viento.

Pero de entonces sé que del pecado  
redimir pueden nuestra amarga vida,  
el canto de los vates inspirado  
y el casto amor de la mujer querida.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

